

El liberalismo venezolano y su historiografía¹

TOMÁS STRAKA²

Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela
tstraka@ucab.edu.ve

RESUMEN

En este artículo se establece una aproximación a la historiografía en torno al liberalismo venezolano y al debate alrededor de ésta, no ajeno a la relación con el poder y la política en general, partiendo por analizar distintas apreciaciones surgidas en diferentes momentos, proyectadas en su elaboración: desde las que vieron en el liberalismo un error histórico, expresión de la denominada “simplificación positivista” advertida por Diego Bautista Urbaneja; pasando por una etapa de lento recuento con el liberalismo venezolano en las décadas de 1960 y 1970, en la que una muestra de la historiografía profesional lo consideró un pilar sobre el cual se edificó la república, sin negar sus debilidades estructurales y fracasos en varios aspectos; hasta aquellas interpretaciones que lo reivindicaron durante la llamada era neoliberal de los 80’ y otras de quienes, con el interés de ahondar en su estudio, entre finales del siglo XX y lo que va del XXI, han producido una multitud de trabajos, bajo diversos enfoques, que dan cuenta de un amplio y más profundo conocimiento del tema.

Palabras clave: Liberalismo venezolano, historiografía venezolana, pensamiento liberal.

The Venezuelan liberalism and its historiography

ABSTRACT

In this article, it establishes an approach the historiography about Venezuelan liberalism and the discussion around it. In general, this is not gotten away from the relationship with the power and the politics. Starting by analyzing different kinds of appraisals appeared in different moments, they projected in their elaborations: some of them saw in the liberalism a historical mistake, expression of the “positivist simplification” warned by Diego Bautista Urbaneja; passing by a period of slow reunion with the Venezuelan liberalism in the decades of 1960 and 1970; in which, a sample of the professional historiography considered it a pillar on which was

¹ Este artículo fue terminado en enero de 2018, entregado para su evaluación en febrero del mismo año y aprobado para su publicación en marzo de 2018.

built the republic, without denying its structural weaknesses and failures in several aspects; even those interpretations that reclaimed it during the named neoliberal era of 80' and others, with the interest of delving into its study, between the end of 20th century and these years of 21th century, they have produced a lot of works, under various perspectives in order to widen and gain depth in the knowledge about this theme.

Key words: Venezuelan liberalism, Venezuelan historiography, liberal thought.

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN: CAMBIOS EN LOS TIEMPOS, CAMBIOS EN LAS MIRADAS

Pocos temas reflejan mejor la relación entre la historiografía y el poder que el del liberalismo venezolano. Como si se tratara de las fluctuaciones de una bolsa de valores, en nuestros estudios históricos ha estado en alza o a la baja según alguna de las dos cosas ocurriera en las cabezas de quienes han dirigido al país. Esto tiene numerosas implicaciones teóricas, desde la poca autonomía que por mucho tiempo tuvo el oficio de historiador en Venezuela, hasta la confirmación –¡una vez más!– del aserto de que toda historia es contemporánea, comoquiera que son las urgencias del presente las que interrogan al pasado; pero de momento nos quedaremos con una, que es la que define el objetivo de las siguientes páginas: una revisión historiográfica sobre el liberalismo no sólo nos ofrece lo que los historiadores han visto o dejado de ver al respecto; sino también una evaluación de lo que el liberalismo ha sido para los venezolanos desde que hemos decidido como una república independiente.

En efecto, como señalan los historiadores Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó en los setenta años que van de la década de 1920 a la de 1990, “el diálogo intelectual con el liberalismo latinoamericano del siglo XIX ha sufrido altibajos”³. Así, los venezolanos, como casi todos los latinoamericanos, pasamos “del desprecio por el legado liberal decimonónico” al “esfuerzo revisionista”⁴ por comprenderlo bajo términos menos severos. Es decir, de la condena casi general del *liberalismo venezolano* como una especie de gran estafa histórica, a su reivindicación como uno de los elementos esenciales de nuestra configuración como Estado-Nación; y esto paralelamente a otro proceso de alcance más general, que transitó de la convicción de la muerte del liberalismo (ya no sólo del venezolano, sino de todo liberalismo) a su reivindicación en la era neoliberal a finales de siglo.

Así, en las siguientes páginas veremos cómo desde el desencanto por el liberalismo que produjo el colapso del régimen del Gran Partido Liberal Amarillo entre la última década del siglo XIX y la primera del XX,

hasta el rescate del pasado liberal en la década de 1970, cada generación de historiadores lo interpretó desde un punto de mira distinto. No obstante, pueden identificarse dos grandes momentos: uno, definido por lo que Diego Bautista Urbaneja denominó “la simplificación positivista”, según el cual el liberalismo fue un gran desatino histórico del que quedó muy poco (o nada) que rescatar⁵. El segundo surge con la historiografía profesional hacia la década de 1970 y casi va al otro extremo: básicamente reivindica al liberalismo venezolano como la base sobre la que se edificó la república. No niega, por supuesto, sus debilidades estructurales, incluso su fracaso en muchos aspectos, incluso esenciales, pero no se lanza sobre el proyecto una condena general. Es una tendencia que se afianzará con la reaparición del pensamiento liberal hacia la década de 1980. Entonces la reivindicación va todavía más allá y hasta empiezan a rescatarse algunos de sus representantes como un acervo valioso del pensamiento venezolano. Así, como una especie de ciclo que se cierra volviendo a su punto de inicio, comenzamos el siglo XXI con la disputa de quienes consideran que la solución de los enormes problemas que azotan al país está en más liberalismo, frente a aquellos que creen que su causa es precisamente un exceso de cultura liberal en nuestra sociedad.

2. ¿NI LIBERALES NI CONSERVADORES?

EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO DE FIN DE SIGLO

La “simplificación” impuesta por la muy influyente escuela positivista a principios del siglo XX consistió, básicamente, en dos convicciones: que el liberalismo era demasiado adelantado para las condiciones venezolanas, por lo que estaba destinado a fracasar; y que Simón Bolívar, con todo lo que esto significa para el culto bolivariano, ya había señalado el error de seguir modelos importados. Había, en consecuencia, que adoptar un modelo ajustado a nuestra realidad, a nuestra geografía y raza, por ejemplo, el del cesarismo democrático. De ese modo, el positivismo no sólo se legitimaba (y legitimaba la dictadura de Juan Vicente Gómez) con sus tesis “científicas”, sino también por su bolivarianismo⁶. Recuérdese que el tópico del “Bolívar positivista” fue muy manido durante el gomecismo y una de las pruebas más “contundentes” que Laureano Vallenilla-Lanz siempre esgrimió en respaldo de su *cesarismo democrático* fue el modo en el que expresaba “la ley boliviana”⁷. Pero que esto no nos confunda: esta “simplificación” no era en sí misma tan “simple”. Aunque las conclusiones, vistas desde hoy, parecen excesivamente mecánicas y reduccionistas, el camino que llevó a ellas, así como el que hizo que fueran tan influyentes por medio siglo, fue mucho más complejo.

Lo primero que hay que señalar es que, contrariamente a lo que pueda pensarse, no fue el pensamiento positivista el que creó lo fundamental de la tesis (que el liberalismo es inviable en Venezuela), sino el que la avaló. Es decir, en medio del desplome del Liberalismo Amarillo y del gran debate historiográfico que produjo, ya los venezolanos se habían desencantado del liberalismo y los positivistas lo que vinieron fue a darle un cauce al desencanto. Para entonces el liberalismo se asociaba básicamente a este partido (lo que Guillermo T. Avelledo Coll llama *liberalismo histórico venezolano*⁸), pero pronto se extendió a todo tipo de liberalismo en la medida que el positivismo venezolano se erigió en la gran bandera anti-liberal del continente⁹, llegando, como veremos, a conectarse con el fascismo ya al final de su hegemonía (*circa* 1890- *circa* 1940).

El punto es que los positivistas se convirtieron en los intelectuales del gomecismo (1908-1935), lo cual significa más cosas de lo que puede pensarse a simple vista. Por una parte, en buena medida explica su necesidad de desmentir al liberalismo en función de una “constitución orgánica” que nos condenaba a estar sometidos a un *Gendarme Necesario*, más allá de que todo indica que actuaban con sinceridad. Pero por la otra ocurre que durante los veintisiete años de gomecismo que terminó de fraguarse el Estado-Nación venezolano, dándole una enorme importancia a todo lo que se pensó y legisló en el período, por ejemplo, su versión de la historia que entonces fue la Historia Oficial del régimen. Esto implica que generaciones de venezolanos crecieron aprendiéndola en las escuelas y, los pocos que entonces llegaban hasta allá, en los liceos y universidades. Pero hay más: entre las décadas de 1930 y 1960 la mayor parte de los historiadores que siguieron al positivismo no alcanzaron, excepciones aparte, un nivel teórico y metodológico capaz de desmentirlos, haciéndole a lo sumo observaciones o reinterpretaciones puntuales. Incluso los primeros marxistas, como Carlos Irazábal, en gran medida no pasaron de reinterpretar en términos de lucha de clases lo que los positivistas habían ya señalado.

Pero vayamos por partes. Antes que nada, debemos detenernos en el desmoronamiento del prestigio del *liberalismo histórico* para después ir a sus reinterpretaciones positivistas y post-positivistas. A diferencia de otros países de América Latina, en Venezuela el liberalismo entró en crisis a finales del siglo XIX. No como corriente de pensamiento en sí misma, sino en cuanto su expresión concreta en el país: el *liberalismo amarillo*, es decir, el Gran Partido Liberal Amarillo, en el poder desde 1864 hasta 1899¹⁰. Aunque para entonces los venezolanos aún no pusieron en tela de juicio al modelo liberal *per se*, sí lo hicieron con el liberalismo histórico venezolano, que se

fue por un despeñadero, en una década desapareció como fuerza política y durante el siguiente siglo quedó en casi todos los libros de historia sumido en el desprestigio.

Naturalmente, la magnitud del desastre nacional vivido entonces ayudó a que esto fuera así. Entre 1891 y 1908 Venezuela fue destruida por cuatro grandes guerras civiles (sin contar otros alzamientos menores), la bancarrota del Estado y de muchos de los productores de café, las enormes pérdidas territoriales en la Guajira y el Esequibo y la humillación del bloqueo y bombardeo de nuestras costas por las marinas imperiales de Alemania y Gran Bretaña. En dos ocasiones prácticamente renunciemos a nuestra soberanía para que los Estados Unidos nos representaran ante los poderes imperiales. Los escándalos de corrupción estaban a la orden del día. Con este panorama era razonable que muchos dudaran de su viabilidad misma como Estado-nación. En este sentido, cuando Manuel Díaz Rodríguez afirma en su famosa novela *Ídolos rotos* (1901) que "...yo nunca, nunca realizaré mi ideal en mi país. Nunca, nunca, podré vivir en mi patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¡Acaso esta es mi patria? (...) FINIS PATRIAE"¹¹, estaba expresando un sentir más o menos compartido por toda una élite. La aparente quiebra del *liberalismo amarillo* era la quiebra de todo el proyecto nacional, de la forma de vida que se había tenido como meta desde que se había fundado la república setenta años atrás. Es decir, el fin del liberalismo y sus valores era, o podía ser en efecto, el fin de la patria. Aunque no toda la culpa era de los caudillos, políticos de salón y banqueros *amarillos*, por ser los que estaban a cargo, fueron considerados los grandes culpables del fracaso.

Pero hay que insistir en que se les acusó a ellos, no a la doctrina. Esto es clave para comprender lo que vendría en breve. Como señala el historiador y jurista Rogelio Pérez Perdomo después de estudiar la legislación venezolana del siglo XIX, muchas de las ideas que hoy definimos como liberales, entonces tenían un "*status cognitivo científico*"¹², es decir, no eran consideradas posiciones doctrinales, o no sólo eso: eran conquistas de la civilización, ejemplos del progreso definidos por leyes históricas. No podían estar equivocadas. Equivocados estábamos nosotros. *Bárbaros, atrasados*, la ciencia social positivista, entonces en auge, determinó que por razones raciales y de entorno geográfico, de momento no teníamos las condiciones para aspirar a un régimen como el de Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña. Se trata de un aspecto esencial del *pensamiento criollo*, y no sólo de su liberalismo. En la misión histórica –al menos la asumida como tal– del "europeo segundo", como J.M. Briceño Guerrero llamó al criollo, de reproducir Europa en América, la primera era un modelo indiscutible¹³.

El liberalismo legitimó esta misión con sus bases “científicas”, aportadas por la ciencia constitucional y la economía política. Esto nos da una pista de la verdadera angustia que podían sentir los venezolanos de finales de siglo cuando creyeron que su proyecto liberal había sido un fracaso: la ciencia, las leyes históricas, los probaba incapaces de su razón de ser histórica.

Pero hay más. Estas convicciones enodorracistas, que de por sí tuvieron un gran impacto en la autopercepción de los venezolanos, se tradujeron también en ideas políticas concretas: por primera vez desde la derrota de los realistas en la Independencia, apareció un pensamiento anti-liberal. Sin negar que el liberalismo en sí mismo era deseable, su imposibilidad en Venezuela convenció a un sector amplio de la elite de que la única opción que teníamos, hasta tanto el pueblo se blanquera con inmigrantes europeos y el medio físico se transformara con obras públicas, era la de someternos a un “Gendarme Necesario”, a un “César Democrático”. Pero vamos por partes. Para esto primero fue necesario llegar a la conclusión de que prácticamente todo lo pensado, legislado y escrito hasta el momento había sido, como menos, vacuo. Que no existieron nunca verdaderos partidos doctrinales; que los grandes programas fueron imposturas de cínicos o embelecos de lerdos. La crisis nacional y las actuaciones de los últimos liberales amarillos las avalaron en gran medida, como lo demuestra lo que proponemos llamar *el gran debate historiográfico sobre el liberalismo* que se escenifica.

En efecto, ensayos y estudios como *El hombre y la historia*, de José Gil Fortoul (1890); *El personalismo y el legalismo*, de Jesús Muñoz Tébar (1890); *El gran pecado de Venezuela* (1891); en su segunda edición, de 1898, lleva el subtítulo de *Disertación histórica, política y religiosa*, de Antonio Ignacio Picón; *El presidente* (1891), de Rafael Fernando Seijas; *Historia contemporánea de Venezuela política y militar* (1893), de Luis Level de Goda; *Historia patria. X estudio histórico-político en refutación al “Manifiesto Liberal de 1893”* (1893, edición ampliada en 1895) y *Estudios histórico-políticos 1810-1889* (1894) de Domingo Antonio Olavarría, y su contestación nada menos que por Antonio Guzmán Blanco, *En defensa de la Causa Liberal* (1894), fueron un repaso sobre los últimos cincuenta años de la vida venezolana que, básicamente, ponía en tela de juicio la Historia Oficial del liberalismo amarillo. Dos de sus “verdades” consagradas se rompieron en aquel debate: que políticamente el país se había dividido desde la Independencia entre los liberales, herederos de los Libertadores, y los conservadores, herederos de las tradiciones coloniales; y que los primeros eran los agentes del progreso y los segundos de la tradición¹⁴. A partir de entonces se impusieron dos tesis que se mantendrán por un siglo: que no puede hablarse de partidos

realmente doctrinarios en el siglo XIX, ya que eran agrupaciones que más bien seguían a líderes o intereses concretos y no a ideas; y que, en todo caso, los llamados conservadores habían sido tanto o más liberales que los que ostentaban el título. A la luz de las últimas investigaciones, ya es difícil sostener la primera tesis, al menos en un sentido estricto; pero la segunda ha terminado por ser más o menos aceptada por la comunidad académica, en el sentido de que hubo en los dos bandos un marco referencial común¹⁵.

No obstante, todos estos autores habían tenido algún tipo de figuración política y sus acusaciones y réplicas solían estar centradas en los atributos personales de los protagonistas y en juicios morales de sus actos. Guzmán Blanco se excusa con el viejo expediente del pueblo inmaduro, en cuya explicación sociológica no abunda demasiado. Por eso se diferencian Muñoz Tébar, Antonio Ignacio Picón y Gil Fortoul. El primero porque intenta explicar las disputas partidistas a través de los valores —“las costumbres”, dice— imperantes en la sociedad, que, según concluye, habían hecho naufragar el ensayo republicano en Venezuela, en contraste con aquellos otros que estaban haciéndolo triunfar en los Estados Unidos. Es más un largo ensayo que un estudio sociológico, pero aspira a una explicación que trascienda los señalamientos personales o de bandería¹⁶. El segundo rompe radicalmente con el pensamiento imperante en una elite liberal y cada vez más positivista. Picón era un católico sumido en el integrista (lo que, sin embargo, sí era común en su región, la andina Mérida) y veía todos nuestros males como un Castigo de Dios por el fusilamiento de los misioneros capuchinos en 1817, la supresión posterior de las misiones y después todas las políticas secularizadoras del último cuarto de siglo. Mientras Venezuela se caía a pedazos, los países que habían hecho las paces con la Iglesia (el México del Porfiriato, la Colombia de la Regeneración, el Ecuador de Gabriel García Moreno) estaban prosperando. Por eso reclamaba un milagro para su patria. Si se reinstituían las misiones y se consagraba la república el país al Corazón de Jesús, como García Moreno había hecho, podríamos volver a gozar del favor de Dios. En el resto del país esto hubiera sonado, como mínimo, extravagante, incluso entre algunos sectores del clero; pero en los muy católicos territorios andinos encontró eco: el Gran Terremoto de los Andes de 1894 terminó de convencer a las municipalidades de Mérida, Maracaibo y Tovar tanto de la naturaleza pecaminosa de nuestros males, como del antídoto dictaminado para remediarlos, y se pusieron bajo la protección del Sagrado Corazón¹⁷.

Gil Fortoul es de una generación más joven y estaba imbuido en el positivismo, por lo que su obra se proyectó hacia el siglo XX, causando

una profunda influencia en el pensamiento venezolano. *El hombre y la historia* es un “ensayo sobre la raza, el medio físico, la evolución histórica y las hipótesis corrientes del doctrinarismo político” para explicar “el estado actual de la República”¹⁸. Con ello, logra un estudio sociológico que en su aliento trasciende lo escrito por los otros participantes en el debate. Entre otras cosas logra imponer la tesis, desde todo punto de vista contraria a la historia oficial del Liberalismo Amarillo, de que en Venezuela no había habido partidos doctrinales. Leámoslo *in extenso*:

De lo dicho en este capítulo podemos concluir que, a no ser que se confundan las metáforas con los hechos, y los odios banderizos con las aspiraciones de progreso, la historia de la República desde 1848 hasta 1889 no se caracteriza por la lucha entre dos ideales diferentes, conservador el uno, y el otro liberal. Los hombres que se llamaron conservadores y los que se llamaron liberales en el período de 1840 a 1847, no volvieron a figurar nunca solos ni en el gobierno ni en la oposición: fieles los unos y los otros a la política de la *fusión*, aparecieron siempre unidos con sus antiguos adversarios, lo mismo cuando se trataba de urdir revoluciones que cuando había que darse impulso al progreso nacional. Todos aquellos partidarios personalistas y ocasionales comparten responsabilidad de nuestros errores y desdichas. Rebeldes contra el gobierno legítimo, todos los fueron; y todos, también, capaces de escándalos como el 24 de enero; de crueldades, como las deportaciones de Bajo-seco, y de injusticias como la prisión, en el castillo de San Antonio, de Páez, ¡que había fundado la patria y la República! y como el confinamiento y muerte, en Maracaibo, de José Gregorio Monagas, ¡que había realizado la igualdad de todos los venezolanos decretando la libertad de los esclavos!

Pero si es cierto que todos los partidos personalistas comparten la responsabilidad de nuestras miserias históricas, también es verdad que siempre hubo en el seno de todos ellos muchos hombres que trabajasen de continuo en el perfeccionamiento de las instituciones patrias. Si fue quizás un mal la derrota y dispersión de la agrupación liberal que, de haber existido tradiciones democráticas en los comienzos de la República, hubiera triunfado en 1847, fue en cambio un bien relativo la ausencia de partidos irreconciliables durante el período de las revoluciones, porque sólo esto hizo posible que, olvidándose a las veces las pasiones banderizas, se uniesen todas las buenas voluntades para preparar, siquiera en las leyes, un porvenir mejor. El progreso tuvo sin duda, largos paréntesis; pero no hubo nunca retroceso. A pesar del personalismo, la serie de reformas progresistas se hizo cada vez más rápida. Sin tradiciones republicanas, y en cambio, con las tradiciones del coloniaje; sin haber podido allanar desde el principio el

conflicto entre los diversos elementos étnicos de la población, ni aumentado ésta con la inmigración extranjera, todos aquellos gobiernos dejaron, sin embargo, las leyes de una obra civilizadora que constituye hoy el tesoro político de la patria.¹⁹

No hay actores químicamente buenos o malos: todos los partidos “comparten responsabilidad de nuestros errores y desdichas”, aunque con la atenuante de que, a pesar de todo, el “progreso tuvo sin duda, largos paréntesis; pero no hubo nunca retroceso”. Decir esto en pleno Liberalismo Amarillo era todo un desafío a la autoridad. Los problemas no estaban en lo que habíamos llamado liberalismo y conservadurismo, sino en nuestra raza, el medio físico y las costumbres; no era un asunto de acabar con el pasado colonial enquistado en la *oligarquía*, o no sólo de eso: era de cambiar la composición racial y geográfica de la sociedad. En 1909 aparece el tomo segundo de su *Historia constitucional de Venezuela*. En este largo trabajo retoma las ideas que había comenzado a desarrollar dos décadas atrás, llevándolas aún más lejos. Es acá donde, con gran irreverencia, no sólo ratifica que nunca hubo partidos doctrinales, sino que incluso todos ellos habían sido oligárquicos. Esto el día de hoy no sorprende a nadie, pero entonces podía ser un escándalo. *Oligarcas* eran los *godos*, los conservadores. Así había sido siempre en el lenguaje político venezolano, hasta que Gil Fortoul inventa lo de la *oligarquía conservadora* y *oligarquía liberal*. La enorme influencia de su libro se mantiene hasta hoy, de modo que si bien el venezolano promedio ha olvidado la discusión en que se generaron estas categorías y no sospecha lo que de ruptura tuvieron en su tiempo, sigue aprendiendo en los liceos que entre 1830 y 1848 gobernó la *oligarquía conservadora*, a la que después de los sucesos del 24 de enero sustituye la *oligarquía liberal*. Es muy interesante que la diferencia entre ser o no *liberal* la ve en la igualdad y no en la división de poderes o en la economía de mercado, como propone Olavarría. Como veremos, se trata de un aspecto enormemente importante para comprender el liberalismo histórico venezolano, en el que ya nos detendremos más adelante²⁰.

Aunque las influencias de la raza y el medio ya están superadas como elementos explicativos de los fenómenos sociales, la obra de Gil Fortoul sigue siendo, en general, valiosa. Su tesis de las oligarquías terminó incrustándose en la memoria histórica de los venezolanos. En lo inmediato, fue el tiro de gracia al descrédito de los partidos decimonónicos (¡en realidad nunca existieron!), lo cual no dejó de tener su impacto en un país harto del desorden que estaba entregándose a los brazos de Juan Vicente Gómez y su

prédica en contra de “los políticos” y a favor de “los hombres de trabajo”, “los buenos hijos de la patria”. Gil Fortoul será en los siguientes años un consecuente gomecista, presidente provisional, ministro, diplomático y hasta director del periódico oficioso *El Nuevo País*.

3. EL ERROR DE PSICOLOGÍA

La llegada de Gil Fortoul a la presidencia provisional de la república en 1913 puede considerarse como uno de los hitos que marcan el fin del Gran Partido Liberal Amarillo, del que Juan Vicente Gómez se termina de zafar aquel año, y la llegada de una nueva generación, la positivista, al poder. Aunque esta suerte de “partido científico” venezolano no es la única razón por la que sus tesis se imponen por medio siglo, el hecho de haber sido asumidas como ideología del Estado sin duda ayudó mucho a este cometido²¹. Para entonces *el debate historiográfico sobre el liberalismo* ya era cosa olvidada. Ni quedaban liberales amarillos capaces de defenderse (o los que quedan están exiliados, o se han unido al gomecismo, o en muchos casos ya están demasiado viejos), ni a nadie le interesa en realidad la memoria de un partido muerto. Fue entonces cuando comenzó a transitarse del desdén por el *liberalismo histórico venezolano* al desdén por el liberalismo en general.

Naturalmente, esto necesita algunas puntualizaciones. La idea de que el liberalismo en sí mismo era el camino correcto y de que el problema éramos nosotros no desapareció con el positivismo. Por el contrario, la convicción de que Europa era un modelo inapelable se afianzó, ahora refrendada por leyes históricas según las cuales la *civilización* europea representaba un estadio social superior en la evolución al que no habíamos llegado (y no estábamos seguros si llegaríamos). Como demostró Ángel Cappelletti, el positivismo venezolano fue tan ecléctico como lo había sido todas las corrientes de pensamiento en el país, por lo que estuvo muy influenciado por los determinismos raciales y geográficos que terminaban de redondear esta idea²². Si no estábamos en un estadio *positivo* era porque no formábamos parte de una raza superior (es decir, no éramos suficientemente blancos: o peor, vistos bien, éramos más bien negros e indios...) y porque, para colmo de males, ¡vivíamos en el trópico! Pero nada de eso iba en contra del “conjunto de opiniones a las cuales se les confiere un *status* cognitivo científico” que según Pérez Perdomo había sido nuestro liberalismo²³, más bien lo apuntalaba: la imposibilidad de aplicar en Venezuela leyes que funcionaban en Estados Unidos o Australia, era la prueba de los males que generan el trópico y la tez morena. Pero no por eso se renunció

a la meta: durante la era del “proyecto positivista” (1908-1945), aunque se introdujo algo de esta doctrina en nuestras leyes, la verdad es que terminó de estructurarse el Estado liberal. Si por algún motivo Gómez merece ser llamado, como lo hizo Manuel Caballero, “el tirano Liberal”²⁴ es por el extremo liberalismo de la legislación, especialmente de la codificación, que se promulgó durante su régimen y que sigue siendo la base de la mayor parte de las leyes venezolanas actuales²⁵.

De tal manera que el cambio esencial no se dio en la conclusión de que nuestro liberalismo histórico –pero sólo él, no todos– había sido un fiasco. Se dio, como ya lo hizo Gil Fortoul a finales de siglo, en el diagnóstico del mal, en la determinación de las causas del desastre. De esta manera, lo que los críticos llamarían la “sociología pesimista” (pesimista porque no ve remedio para nosotros) y Elías Pino Iturrieta llamó “la tesis del pueblo inepto”²⁶ se convirtió en la justificación de la larga dictadura de Gómez y de los gobiernos que lo siguieron inmediatamente después. En tanto se terminara de armar el aparato jurídico del Estado y se transformara a los venezolanos por la inmigración y al país con las obras públicas, cosas tales como una efectiva división de poderes, las libertades políticas, la deliberación sobre muchos asuntos o el derecho al voto para las mayorías, quedaban postergados²⁷. Incluso más allá de que las leyes consagraran mucho de esto. Ellas son un modelo, pero se las aplica hasta donde se pueda. Esto quiere decir que el liberalismo –de forma más precisa: lo que hoy llamaríamos liberalismo– no es malo, sólo que no es posible entre los venezolanos.

Es así cómo se da un paso más en la formación de un pensamiento anti-liberal. Si no somos capaces de vivir según estos principios, sociológica, científicamente hay que abandonarlos y buscar otros. Tal es la raíz de la tesis que Carrera Damas sintetizó con aquello del “espejismo liberal”²⁸, pero que con otros nombres venía sosteniéndose desde cinco o seis décadas atrás. Las teorías del Gendarme Necesario y del Cesarismo Democrático de Laureano Vallenilla-Lanz fueron, al respecto, sus formas más acabadas, difundidas e influyentes dentro y fuera de Venezuela. Aunque no es el lugar para exponerlas en largo, como, de paso, ya se ha hecho en varios estudios²⁹; el núcleo tal vez sea esta afirmación:

...nuestra revolución [de Independencia] fue también un ‘un error de psicología’. Considerando el hombre natural como un ser esencialmente razonable y bueno, depravado accidentalmente por una organización social defectuosa, creyeron, como los precursores y teóricos de la Revolución Francesa, que bastaba una simple declaración de derechos para que aquellos

mismos quienes ‘el bárbaro sistema colonial tenía condenados al abyecto estado de semi-hombres o semi-bestias’ se transformaran con increíble rapidez en un ‘pueblo noble y virtuoso, consciente de su misión y árbitro de sus derechos’³⁰.

¡Pero nada más lejos para con un colectivo de bárbaros semi-bestias! “...Cuando el virtuosísimo pueblo se insubordine; cuando destruida la autoridad y rotas las disciplinas que lo sujetaban, las pasiones brutales se desborden, la sociedad se desmigaje, y los capataces, los contrabandistas, los pulperos aparezcan a la cabeza de las montoneras sublevadas...”³¹ se verá el verdadero alcance de los principios de la Ilustración. “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la Naturaleza”³². Lo que ha pasado es que “los ideólogos de toda la América preconizando la panacea de las constituciones escritas, han contrariado la obra de la naturaleza”, creando una fatal dicotomía “entre la constitución escrita y la constitución efectiva”³³. Es decir, entre la que proclamaba principios liberales, y la del caudillo, propia de nuestros pueblos por razones de geografía, al que llama, siguiendo a Francisco García Calderón, el “El Gendarme Necesario” (y al caudillismo como sistema, siguiendo a Édouard Laboulaye, “cesarismo democrático”). Es decir, que lo que para el resto de los pensadores eran principios con “status cognitivo de ciencia”, para Vallenilla-Lanz representaban justo lo contrario: un atentado a lo que científicamente indicaba la naturaleza que debía ser nuestro sistema político. Se trataba un cambio copernicano en la forma de enfocar el problema del liberalismo.

Para Vallenilla-Lanz, Juan Manuel Rosas y José Antonio Páez eran las pruebas históricas del cesarismo democrático. Caudillos emblemáticos, césares adorados por pueblos pastores, fueron capaces de mantener el orden sobre el colectivo bárbaro, para poco a poco irlo llevando, como quien doma un animal (;no se trata al cabo de semi-bestias?), es decir amarrándolo con sogas y dándole latigazos, hacia la civilización. En su contemporaneidad, naturalmente, esto tenía nombre y apellido concretos: la encarnación del César Democrático era Juan Vicente Gómez. Poniendo orden (no importa que a palos), fomentando el crecimiento económico, haciendo obras públicas, atrayendo inmigrantes blancos, estaba sentando las bases para que, algún día, dejáramos de ser semi-bestias³⁴.

No obstante, y más allá de lo persuasiva de la prosa de Vallenilla-Lanz, hay que recordar que él escribía en las décadas de 1920 y 1930, no a finales del siglo XIX. Eso quiere decir que actuó en una época en la que los regímenes liberales están en crisis y cada vez hay más intelectuales pensando

en soluciones democrático-radicales, incluso socialistas. De modo que su discurso a lo *científico* del porfiriato estaba, cuando menos, fuera de época en un momento en el que la Revolución Mexicana (y pronto la soviética) se convertían en las referencias para las nuevas generaciones. Y aunque los caudillos sonorenses podrían haber avalado bastante de lo sostenido en el *Cesarismo democrático*, su apoyo a ideas y grupos socialistas, como el Partido Revolucionario Venezolano que funciona en México y que es básicamente comunista; sus denuncias, como las hechas por José Vasconcelos, a la dictadura; e incluso su respaldo a intervenciones armadas en Venezuela, convirtió a México en el contra-ejemplo del orden cesarista que defendía Vallenilla-Lanz. Como un pararrayos de las condenas y denuncias contra el Benemérito, iniciará debates en la prensa continental (muy famoso es, al respecto, el que tuvo con Eduardo Santos, que normalmente aparece como apéndice del libro), hasta quedar él mismo convertido en un símbolo del intelectual obsecuente ante el poder.

El punto es que el aspecto específicamente político de las campañas de Vallenilla-Lanz muy pronto perdió vigencia. Ni siquiera con el intento de revivir sus tesis por la Dictadura Militar –para la que ahora trabajaba su hijo, Laureno Vallenilla-Planchart– lograron imponerse del todo: un gobierno corporativo militar podía aceptar lo de la mano dura, pero no tanto así lo de la democracia directa y cesarista. Caso contrario pasó con el costado historiográfico de sus ideas. Por ejemplo, para los efectos de este trabajo, Vallenilla-Lanz le dio el tiro de gracia para el liberalismo histórico venezolano. Todo cuanto de mal pudo haberse dicho de él, sería ahora refrendado, *científicamente*, por una de las plumas mejor dotadas y persuasivas del continente. “Es a esa lucha funesta, dirá en una de sus tantas polémicas de los años veinte, de los partidos tradicionales, de *godos* y *liberales*, de amarillos y rojos, o como en Uruguay entre *rojos* y *blancos*, a lo que hemos dado fin en Venezuela con la creación de un gobierno eminentemente nacional”³⁵. *Cesarismo democrático* cierra con el famoso ensayo “Los partidos históricos”, que acaso fue el que impuso esta denominación para el Liberal y el Conservador. Aunque sigue la tesis de que no hubo una clara diferencia doctrinal entre ambos partidos, y suscribe con Domingo Olavarría, que en ocasiones los conservadores fueron más liberales que los que se llamaban a sí mismo de ese modo; señala, como suele ocurrir en sus textos, dos cosas que pusieron su análisis varias leguas delante de sus coetáneos: que la evolución igualitaria de Venezuela no se debió sólo a la prédica de los liberales (sí, una vez más el liberalismo histórico venezolano se asocia al igualitarismo) sino a dinámicas sociales más profundas (que él asocia al medio geográfico)³⁶;

y que el origen social del Partido Conservador en un lugar distinto al que le asignaba la Historia Oficial del Liberalismo Amarillo: “ellos [los godos], en su mayoría, no habían pertenecido como se ha venido creyendo, a la aristocracia colonial, casi desaparecida por la borrasca de la revolución y cuyos escasos representantes se hallaban en la miseria; eran, como hemos dicho, los representantes de la burguesía, de la clase media de la colonia (blancos del estado llano), constituida principalmente por una oligarquía de tenderos, de canastilleros como se decía entonces— favorecidos por la Constitución del año 30, que sólo concedía derechos electorales a los que poseyesen rentas...”³⁷

Así, desmintiendo una verdad consagrada de los conservadores (que la agitación social, asociada entonces a *igualitarismo*, era culpa de la demagogia de Antonio Leocadio Guzmán) y otra de la historia oficial del Liberalismo Amarillo (que los *oligarcas* eran los herederos del mantuanaje colonial), centra el problema en las dinámicas socioculturales y las luchas de clases. Con ello puso el debate completamente en otro sitio. De hecho, en el sitio donde estará en los siguientes cincuenta años y en buena medida está aún. Aunque los marxistas superarían el determinismo geográfico y racial, la influencia de Vallenilla-Lanz hará de aquella primera generación de los años treinta, en palabras de Manuel Caballero, una escuela “mucho menos marxista que ‘vallenillista’.”³⁸ Tanto así que en 1936, a raíz de su muerte, Rómulo Betancourt señaló que Vallenilla-Lanz lo llamó al mismo tiempo “el máximo exponente de la prostitución de la inteligencia venezolana” y “el primero en asomarse, con criterio analítico, a la historia nacional. Abandonó lo anecdótico, esa delectación narrativa y epopéyica, que son características definidoras del ‘estilo’ de investigación de otros historiadores nuestros.”³⁹ Hasta el día de hoy sigue produciendo esta dualidad entre el gran historiador y el propagandista del gomecismo (aunque lo segundo, naturalmente, se ha ido olvidando con los años). Por su parte, Carlos Irazábal en su famoso *Hacia la democracia*, de 1939, básicamente reinterpreta las tesis de Vallenilla-Lanz en términos marxistas. Es decir, los partidos históricos respondieron a conflictos de clase, aunque no dados, naturalmente, por razones de raza o medio, sino específicamente socioeconómicas. Con respecto al liberalismo en sí mismo, no es mucho lo que dice. Habla más bien de *democracia*, término que en la década de 1930 penetra en el imaginario venezolano como una mezcla de libertad con justicia social, y que en su ensayo es más o menos equivalente al modelo liberal: el régimen que se propugna en la independencia, “la libertad y la igualdad capitalista”, es, para él, un régimen democrático. Ahora bien, es en su fracaso donde plantea las explicaciones

que en general mantenemos hasta hoy: sin capitalismo ni burguesía, nuestro liberalismo no podía ser, en el mejor de los casos, sino una pantomima⁴⁰. No es, como señalaba Vallenilla-Lanz, que el liberalismo fuera un “error de psicología” porque éramos un pueblo de semi-bestias moldeadas por el Llano y el mestizaje; es que lo que se quiso hacer es una revolución burguesa como la de Francia, pero sin burgueses, y eso simplemente no es posible.

Y eso es sólo una parte del asunto. Cuando Vallenilla-Lanz consideraba un desatino el ideario liberal era, al menos hasta la década de 1920, una voz más o menos disidente en el mundo, porque el liberalismo en sí era respetado. De hecho, el gomecismo usó sus tesis como justificación, pero siempre con la promesa de que el César tan sólo acomodaba las cosas para el advenimiento de un orden liberal, que era el deseado por la elite, como lo demuestra la legislación que se promulga en sus veintisiete años y el estricto apego a las leyes del mercado. No obstante, eso comienza a cambiar con la crisis de las democracias europeas después de 1920, sobre todo cuando los coletazos del Crash de 1929 hicieron tambalear los cimientos de sociedades enteras. Entonces la crítica al liberalismo como un modelo incapaz de afrontar los grandes retos se expandió. Frente a los disturbios y la carestía de los países democráticos, el aparente orden y bienestar del Fascismo y del comunismo atrajo la mirada de grandes sectores. Es en ese contexto que Vallenilla-Lanz comienza a abrirse paso en Europa. En 1925 publica la traducción al francés de *Cesarismo democrático* nada menos que con prólogo de Marius Andrés, es decir, el secretario de Charles Maurras y activo miembro de la *Action Française*⁴¹. *Y como si esto no fuera suficiente, del mismo modo que pasó con su admirado Robert Michels, su también admirado Benito Mussolini comprendió que el Cesarismo democrático le venía como anillo al dedo. Así, no sólo lo galardona con la Orden de la Corona de Italia, sino que hace editarlo en italiano en 1934 e incluso lo recibe durante su visita a Roma.* Todo esto viene a cuento para demostrar que las ideas antiliberales de Vallenilla-Lanz ya alcanzaban un espectro más amplio, con lo que ello implicaba para los venezolanos: el “error de psicología” lo había sido en todas partes. Basta leer los artículos de otro influente intelectual también seducido por Mussolini, Alberto Adriani, para ver hasta qué punto la elite se estaba alejando del liberalismo económico. Naturalmente, lo hondo que pegó la crisis mundial en el sector del café y el creciente poder del Estado venezolano gracias al petróleo, generaron un contexto favorable a la supresión del liberalismo económico, pero sin el respaldo de lo que estaba pasando en Europa difícilmente Adriani hubiera afirmado de manera tajante que “el individuo aislado no existe, es una abstracción. Sus intereses serán siempre

los del grupo o grupos de los cuales forma parte”⁴²; y por lo tanto lo que cabe es “un plan económico permitiría coordinar todas las actividades económicas del país, tanto las públicas como las privadas, y darles dirección que más se acuerde con los intereses permanentes de la Nación.”⁴³

Ya el liberalismo no era sólo un problema de “error de psicología” en términos políticos, sino también en términos económicos. Arturo Uslar Pietri, por ejemplo, señala esta idea nada menos que en el acto fundacional de la Escuela Libre de Economía de la Universidad Central de Venezuela (base de la actual Facultad de Ciencias Económicas y Sociales) en 1938⁴⁴. Y si esto era así con los que estaban, por decirlo de algún modo, a la derecha, ¿qué podía esperarse de marxistas como Irazábal, Betancourt y de hecho la mayor parte de la generación emergía para cambiar el rumbo de Venezuela? Inicialmente, esto se tradujo en un efectivo abandono del liberalismo económico en la década de 1940, que con sus variaciones se mantiene hasta hoy⁴⁵. Otros historiadores muy influyentes aunque de menor elaboración teórica, como Augusto Mijares, J.L. Salcedo-Bastardo y Ramón Díaz Sánchez, no escaparon de este entorno. Que en realidad no hubo diferencias doctrinales, que en cualquier caso los conservadores fueron más liberales que los seguidores del Liberalismo Amarillo, que todo aquello no fue más que un gran fiasco, se encuentra, en diversos grados, en sus textos, muy atendidos por la sociedad venezolana e incluso usados en la enseñanza media, como en el caso de Salcedo-Bastardo⁴⁶.

No obstante, el surgimiento de una nueva camada de historiadores profesionales surgida después de 1958 comenzó a ver las cosas con otros enfoques teóricos y recursos documentales. Ellos no desdecirán lo fundamental de Vallenilla-Lanz o Irazábal en cuanto ver las cosas desde una perspectiva sociohistórica o incluso en considerar al liberalismo algo superado por la historia, pero sí empezarán a evaluar a los liberales del siglo XIX con sentido histórico, es decir, desde las variables de su tiempo, y no desde las urgencias e incluso los reproches de momentos posteriores. Así, poco a poco fueron mejorando su estima en el recuerdo de los venezolanos.

4. EL LENTO RENCUENTRO CON EL LIBERALISMO VENEZOLANO

El año de 1958 es un hito en la historia y en la historiografía venezolana. Por una parte, el advenimiento del sistema democrático sentará unas nuevas reglas de juego en el ámbito sociopolítico que, con las diferencias del caso, se proyectan hasta hoy. Para la historiografía, a su vez, esta democracia significó al menos tres cosas: la creación de la Escuela de Historia en

la Universidad Central de Venezuela, con todo lo que ello significó para la profesionalización –tanto técnica, como laboral del oficio de historiador; la autonomía universitaria, que le permitió a los profesores desafiar las verdades consagradas de la historia oficial sin que ello les acarrearra grandes problemas; y la libertad de expresión en términos generales respetada, que les permitía difundir más bien con tranquilidad sus tesis. Aquella “revolución historiográfica” tendrá dos principales adalides, ambos militantes del Partido Comunista de Venezuela con estudios superiores en México, donde habían pasado su exilio: Federico Brito Figueroa y Germán Carrera Damas.

Un balance de sus obras representaría un trabajo en sí solo⁴⁷. Partiendo del marxismo, tomaron caminos distintos: mientras Brito Figueroa continuó en la línea del Partido y se enfocó en las tesis del neocolonialismo; Carrera Damas terminó rebelándose contra toda disciplina partidista. Mientras el primero emprendió la escritura de una historia global de Venezuela (su *Historia económica y social de Venezuela*, 1966), el segundo se dedicó al análisis crítico de la historiografía venezolana, produciendo en 1969 una obra fundamental: *El culto a Bolívar, esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Este libro, que marca un parte aguas en nuestra historiografía, es el resultado de una década leyendo, analizando y sistematizando lo escrito por los historiadores venezolanos desde el siglo XIX. Por la importancia que en ellos tuvo la Independencia –entendida como la historia de Venezuela– y sobre todo Simón Bolívar, es hacia esos temas que apuntó inicialmente Carrera Damas: la figura de José Tomás Boves, la ideología realista, la tesis de la crisis de la sociedad colonial; pero no por eso dejó de encontrarse, muy pronto, con el fenómeno del liberalismo. Acá, como en todo lo demás, llamó la atención sobre las verdades consagradas. Por ejemplo, la idea de que el liberalismo había sido tan sólo palabrería. Tal vez por su formación mexicana, donde la tradición liberal gozaba del respeto que aún merece un Benito Juárez; o tal vez porque el ejercicio de la historia crítica obliga a ponerlo todo en duda, pero el joven Carrera Damas que llega a Venezuela en 1958 se siente en la necesidad de enfrentarse a quienes desdénaban al liberalismo venezolano.

Así, en 1959 publica un ensayo titulado “Consideraciones sobre los límites históricos del liberalismo en Venezuela”⁴⁸. Como solía ocurrir con los textos de Carrera Damas, fue toda una ruptura. Básicamente descubre que, en lo atinente a este tema, del mismo modo que ocurría en otras áreas de nuestra historiografía, los autores se habían limitado a seguir las tesis tradicionales:

Recibimos, pues, del siglo XIX, marcos para el pensamiento y para la acción política. Estos no fueron, como pudieron pretender algunos inducidos por necesidades de la pugna de partidos, resultado de serviles imitaciones o vehementes deseos de incrustar los hechos de sueños hermosos pero desligados de la realidad objetiva. Hubo en el liberalismo, como en todos los movimientos ideológicos, esperanzas defraudadas y postulados imperfectos o incongruentes con la realidad, que pueden llamar la atención de quien se ocupe de restaurar esos pensamientos en toda su complejidad, sobre todo si cede al raro placer de pescar contradicciones. Si esto último es lo que busca, generoso es el filón ofrecido por el pensamiento liberal. Pero las contradicciones, ni por muchas ni por pocas, no pueden despojar de su existencia real a una corriente ideológica que, como la liberal, se mostró de sobra arraigada en la dinámica misma de nuestra estructuración republicana.⁴⁹

N° 46

REVISTA DE HISTORIA. Año 23, Julio-Diciembre, 2018

En consecuencia, hace un llamado a respetar al Liberalismo. Aunque, arguye, como doctrina ya estaba muerto, históricamente sí existió como algo que fue más allá de una simple copia de Europa: ...“sería faltar a la objetividad desconocerle al pensamiento liberal su necesidad histórica; como lo sería también menospreciar su contenido revolucionario, que lo situó a la vanguardia del pensamiento político hispanoamericano por casi un siglo.”⁵⁰ En tal sentido, pide tomar distancia de “esos que emplean para encuadrar su espíritu crítico esquemas legados por el propio siglo XIX, a los historiadores que colocan sus observaciones entre los extremos de la acción política de entonces, calificándose de liberales o de conservadores con arreglo a curiosos arcaísmos.”⁵¹ Es notable cómo en las siguientes décadas continuaría desarrollando estas ideas. Como ya vimos en el primer aparte de este trabajo, cuando en 1974 pronuncia las conferencias que después reúne en su famosa *Una nación llamada Venezuela* (1980), ya concibe a todo lo que llama el *proyecto nacional* (es decir, la idea de país compartida por la elite a partir de la Independencia) como un programa esencialmente liberal. Aunque todavía lo considera un “espejismo” tras el que hemos corrido sin posibilidad de alcanzarlo⁵², ya después de esto adquirió pleno derecho de ciudad en nuestra historiografía. Otro tanto le debemos a Diego Bautista Urbaneja. Del mismo modo que Carrera Damas plantea nuevos derroteros para la historiografía general venezolana, él hace otro tanto para la historia de las ideas. No podía ser de otra manera para un discípulo de Manuel García Pelayo⁵³ y de Graciela Soriano de García Pelayo, que ya había comenzado a leer a Quentin Skinner para mediados de los setentas⁵⁴. Aunque no se embarca completamente en el giro lingüístico, el análisis de

las ideas por su contexto ya se deja ver en su clásica “Introducción histórica al sistema político venezolano” (1978)⁵⁵, para después elaborar la tesis del “proyecto liberal” en *La idea política de Venezuela: 1830-1870* (1988). Así, la historiografía dio un giro completo ante el problema: de la sospecha de que ninguno fue liberal, se pasó a la convicción de que todos, en mayor o menor medida, lo fueron.

Por supuesto, en estos actuaron otros factores además de la implementación de la crítica profesional a la obra escrita hasta el momento. En primer lugar, un marxismo ya liberado del *vallenillismo*, ponía el punto de mirada en un lugar ideológico muy distinto al que podían tenerlo Gil Fortoul, Vallenilla-Lanz o sobre todo unos Mijares o Salcedo-Bastardo encuadrados dentro de “esquemas legados por el propio siglo XIX”: mientras éstos seguían en una esfera en las que muchas ideas liberales seguían teniendo un “estatus cognitivo de ciencia”, para un Carrera Damas o Urbaneja, más o menos puestos en la acera del socialismo, *todo* lo que se dijo y pensaba en el siglo XIX –división de poderes, libertades políticas, economía de mercado– era liberalismo. En segundo lugar, ellos contaban con una cantidad de fuentes impensada incluso para los partícipes del debate de fines de la centuria anterior. Entre 1960 y 1961 aparecieron los quince tomos del *Pensamiento político venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio*, coordinados por Ramón J. Velásquez, Pedro Grases y Manuel Pérez Vila⁵⁶. Velásquez, director del proyecto, era un político y periodista que se había dedicado a leer y recuperar la prensa del siglo XIX. De ese modo descubrió una riqueza intelectual que aquellos que se limitaron a repetir los “esquemas del siglo XIX” en general no conocían (salvo, tal vez, el documentadísimo Díaz Sánchez). Grases, un republicano español *transterrado* en Venezuela, en su avidez por comprender e historiar las letras del país que lo había acogido, nos dio en esto, como en otros casos, una lección de amor a Venezuela a los venezolanos: después de pesquisar y estudiar multitud de folletos, libros y periódicos perdidos u olvidados, demostró la existencia de un acervo intelectual digno de ser respetado, más allá de sus limitaciones. Pérez Vila, otro *transterrado* de la República, dio lo mejor de sí para organizar varios archivos venezolanos, por lo que pocos sabían como él de papeles decimonónicos. Con el entusiasta apoyo del presidente Rómulo Betancourt (Velásquez era su secretario) se inició el proyecto y su publicación.

El punto es que esta colección cambió la manera de ver al siglo XIX. Simplemente era imposible decir que no hubo debates de ideas después de revisar la multitud de artículos de prensa, discursos, folletos e incluso libros que buscando en todas partes los compiladores pusieron al servicio de

los investigadores. Como se trata de obras de tirajes cortos, muchas veces hechas con fines inmediatos y aparecidas en la prensa, y además sometidas a los vaivenes de un país que no tuvo bibliotecas ni verdaderos criterios de preservación hasta la década de 1960, era prácticamente imposible que un historiador anterior, incluso uno de 1890, hubiera tenido acceso a la mayor parte de ellos. Por último, pero no menos importante, para cuando Carrera Damas pide que los historiadores se liberen de los “esquemas legados por el propio siglo XIX”, ya las controversias y pasiones que los habían generado estaban más que muertas. Los cambios sociopolíticos de Venezuela arrasaron con lo poco que podía quedar, incluso en términos de nostalgia, de los partidos históricos. En consecuencia, es sencillo analizarlos con asepsia de paleontólogo. Incluso cuando se habla de “espejismo liberal”, se lo hace ya sin rabia.

Hasta Vladimir Acosta, cuando publica un estudio en el más clásico estilo marxista, *Reformas liberales y acumulación originaria en América Latina. Colombia y Venezuela en el siglo XIX*⁵⁷, puede hacerlo con sosiego académico. Por muchas razones es un modelo de lo que debería hacer un *scholar* en su doctorado (Acosta lo inició en 1983 en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París). De gran erudición, respaldo documental y realizado con una perspectiva comparada, que lamentablemente es muy poco usual en Venezuela, vale la pena ser revisado. No obstante, para cuando aparece, ya su sabor era de otra época, como una especie de obra maestra de una corriente dejada atrás: el problema (la acumulación originaria), el método (la historia económica centrada en grandes procesos estructurales), incluso en lenguaje están más cerca de lo que se hacía en los años setenta que de lo que empezaba a hacerse entonces. Pudiera decirse que el libro marca el final de una época, incluso para la obra que en adelante hará el autor⁵⁸. Entonces despunta una etapa en la que las que lo económico-social, incluso sin renunciar al marxismo, era cada vez visto más en clave, digamos, cultural, con no poca influencia del estructuralismo antropológico, de Michael Foucault y del psicoanálisis. La tercera generación de *Annales* ya había hecho su “giro antropológico” con el que saltó “del sótano al desván”, según la famosa expresión de Emmanuel Le Roy Ladurie; de modo que el universo de la psique emergía entre los historiadores como una instancia válida para comprender los procesos del pasado. Es la era de la historia de las mentalidades –y pronto la de las cotidianidades, las sensibilidades y las sociabilidades– bajo la égida de Jacques Le Goff y George Duby. Al mismo tiempo, en el mundo anglosajón se experimenta otro giro, el lingüístico, en el que las tradiciones intelectuales y los lenguajes políticos pasan a ocupar

el centro de la atención, en este caso con el liderazgo de J.G.A. Pocock, Quentin Skinner y en general la Escuela de Cambridge. Por último, desde el mundo de la literatura y la filosofía se abrió camino la teoría crítica a través de los estudios poscoloniales con nombres como Edward Said o Homi Bhabha. Ergo, lo que sentía y pensaba la gente pasó a ser más interesante para la academia que las series estadísticas o los modos de producción. O lo que es lo mismo, para nuestros efectos: no importa que el liberalismo haya sido un espejismo, porque los espejismos también pueden ser cruciales en el devenir de los pueblos. Y siempre reflejan alguna verdad que no lo es.

A mediados de la década de 1980 estos virajes comienzan a tener eco en Venezuela. Por una parte, el historiador y filósofo Luis Castro Leiva (1943-1999), comenzó a impulsar la Historia Intelectual desde la Unidad de Historia de las Ideas del Instituto Internacional de Estudios Avanzados (IDEA), un centro de altos estudios en Caracas. Así, en 1985 aparece *La Gran Colombia: una ilusión ilustrada*⁵⁹, un estudio sobre lo que llama el *historicismo político bolivariano*, es decir, los fundamentos de las ideas constitucionales de Simón Bolívar y la manera en que éstos, después de muerto, y con los reacomodos y manipulaciones del caso, se convierten en una “particular *filosofía de la historia política latinoamericana*, especialmente la de aquellos países que vivieron de algún modo bajo la ‘ilusión integradora’ de una unidad política bolivariana.”⁶⁰ Para ello, se adentra en los lenguajes políticos, dando comienzo a un tipo de análisis del liberalismo no por sus formas (ese exterior que ya habían percibido Carrera Damas y otros historiadores: división de poderes, economía de mercado), sino por sus contenidos. Así, adentrándose en los lenguajes comienza a analizar lo que significaba ser *liberal* en la Gran Colombia, cuando santanderistas y *bolivianos* se llamaban a sí mismos de esa manera, aunque con sentidos distintos. Se trató del banderazo inicial de una escuela que en los siguientes treinta años ha cambiado mucho de lo que sabíamos y pensábamos del liberalismo venezolano. Para 1996, después de una década de trabajo con sus discípulos, Castro Leiva ya no tenía dudas: en una conferencia de aquel año afirmó que Venezuela “se quiere liberal y democrática desde hace ciento ochenta y seis años”, cincelandó en el ínterin una “identidad colectiva” asociada a estas “*forma de gobierno y forma de vida pública*”⁶¹.

Desde el ámbito de las letras, en 1987 Beatriz González Stephan gana el Premio Casa de las Américas con *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. El estudio tiene el objetivo de analizar a través de las historias de la literatura latinoamericanas del siglo XIX el proceso de formación de los Estados-nación liberales de la región: “en el siglo XIX,

las historias literarias, como una de las prácticas discursivas del proyecto liberal, cumplen una función decisiva para la construcción ideológica de una literatura nacional, que servirá a los sectores dominantes para fijar y asegurar los emblemas necesarios de la unidad política nacional.⁶² Aunque parte de un manifiesto desdén por el liberalismo, acaso como habría de esperarse de un texto galardonado por una de las instituciones banderas de la Revolución Cubana⁶³, por eso no deja de apuntar en una dirección que teórica y metodológicamente ha resultado muy importante: que a través de los procesos socioculturales se puede comprender la dimensión y los alcances concretos del proyecto liberal, probablemente mejor que a través de los textos específicamente doctrinarios y jurídicos. La literatura, los manuales educativos, la moda, los principios de etiqueta, el teatro y todo lo que la última historiografía ha llamado las sociabilidades, cotidianidades y sensibilidades, demuestran qué es lo que en realidad tenían en la cabeza los promotores del modelo, los modos de recepción de sus ideas en el resto de la sociedad y los ajustes que tuvieron lugar al momento de llevarse a la práctica. De ese modo, en lo subsiguiente González Stephan y sus discípulos desarrollarán una obra importante desde lo que pudiéramos llamar los estudios culturales⁶⁴

Por su parte, en aquel mismo 1987 Elías Pino Iturrieta publicó su clásico *Las ideas de los primeros venezolanos*⁶⁵. Partiendo de la historia de las mentalidades, si bien no se trazó un estudio *per se* del liberalismo, ensaya una fisiología del proyecto liberal del que habían hablado Carrera Damas y Urbaneja. Su estudio es un análisis de las ideas sobre lo que era y lo que debía ser el país compartidas por la elite que asume sus riendas en 1830. El modo en que representaron la irrupción de una nueva mentalidad, moderna, y los debates y disidencias que se fueron estructurando en torno a ella. Como con el caso de González Stephan, se trató del inicio de una serie de estudios llevados adelante por él o por sus discípulos, que marcarán una tendencia en la historiografía de los siguientes años⁶⁶. Así, a cien años del debate historiográfico que en los años 1890s desahució al *liberalismo histórico venezolano* y que en breve lo hizo con todo el liberalismo, éste resucitaba con inusitada fuerza, tanto en el ámbito académico como en el político y el social.

5. DEL NEOLIBERALISMO AL SIGLO XXI

Cuando en la década de 1990 Venezuela hace una incipiente aunque enormemente traumática— incursión en el llamado *neoliberalismo*, ya las tres

corrientes surgidas en la década anterior se habían delineado plenamente. Aunque en el ámbito de los estudios culturales se dejó de hablar, en general, del *proyecto liberal*, la gran cantidad de trabajos que se hacen entonces no hicieron sino redondear su estudio. Por ejemplo, durante el período en el que Pino Iturrieta dirige el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG)⁶⁷, se editaron numerosos trabajos de estudios culturales en los que se analizaba los imaginarios, mentalidades y sociabilidades de la modernización venezolana en el siglo XIX. En todos los casos, se trataba de aspectos claves del liberalismo llevados a la práctica en ámbitos concretos⁶⁸, como pronto demostrarán otras investigaciones.

No obstante, si bien este contexto de distanciamiento académico con el marxismo y revalorización del liberalismo se encuadraba dentro de uno mayor de reformas liberales, no puede hacerse una relación causal entre ambos procesos. A lo sumo podemos hablar de un *zeitgeist* en el que lo liberal había reaparecido en el escenario, pero ni todos los investigadores apoyaban al neoliberalismo (de hecho, Luis Castro Leiva lo criticó con severidad⁶⁹, mientras otros terminaron siendo entusiastas seguidores de Hugo Chávez), ni tuvieron nunca una relación directa con el pensamiento con la corriente neoliberal que se va estructurando poco a poco en ciertos sectores desde, por poner una fecha, 1961, año en que aparece la revista *Orientación económica* de la mano de un empresario, Nicomedes Zuloaga hijo, y de otro de los tantos *transterrados* de la República española que se hicieron célebres en la academia, el abogado y economista Joaquín Sánchez-Covisa. Ellos marcan el inicio de una línea paralela que con las reformas de los noventa adquiere gran protagonismo, pero que hasta entonces tenía, a pesar del renombrado Sánchez-Covisa, pocos vasos comunicantes con el mundo académico. Vale la pena detenerse un poco en ella, ya que Carlos Rangel, el más importante de los pensadores liberales venezolanos (y acaso latinoamericanos) del siglo XX se inserta en su ámbito.

Zuloaga y Sánchez-Covisa estaban vinculados con un grupo de empresarios que se vincularon a la Sociedad Mont Perelin de Friedrich von Hayek. A partir de allí comenzó a formarse un grupo de defensores del liberalismo en un país donde prácticamente todos, desde la década de 1930, eran profesamente anti-liberales (y los pocos que no lo eran, como Henrique Pérez Dupuy, eran vistos más o menos como extravagantes⁷⁰). Por eso en realidad no se les puede considerar unos herederos del *liberalismo histórico venezolano*, en buena medida definido por ideas igualitarias y por el intervencionismo estatal. Incluso *Del buen salvaje al buen revolucionario* (1976) de Carlos Rangel representa una postura difícil de ubicar en alguna

tradición venezolana. Aunque admira al mundo anglosajón y arremete contra el catolicismo como en general hicieron casi todos los pensadores y políticos venezolanos del decimonono, su oposición a muchas *verdades* consagradas, en tiempos y grados diversos, por ellos, los hubiera, cuando menos, amoscado: el indigenismo, base de muchos mitos nacionales; o la condena a la hacienda y al sistema imperial español (y en general a todo imperialismo), también esenciales en el forjamiento de las identidades de los Estado-nación. Ya en el marco de su tiempo, sin embargo, su interpretación del marxismo latinoamericano, del Chile del Salvador Allende y de la democracia venezolana, de la que es entusiasta en el libro (después se haría crecientemente más crítico), sí lo conecta con una corriente muy importante en su sociedad: la de la admiración por Rómulo Betancourt y el sistema que había ayudado a fundar en 1958.

Es, por lo tanto, muy interesante que el principal pensador liberal, casi un ave solitaria (o muy poco acompañada) en aquella Venezuela, terminara apoyando tanto a un líder de raíz marxista, cuyo partido justo ingresaba a la Internacional Socialista en aquellos días. Eso dice mucho del pensamiento de Rangel, que en el libro celebra la nacionalización de la industria petrolera y la irreverencia que “el ‘populacho’, la ‘chusma’, los ‘negros’” habían alcanzado gracias a Acción Democrática⁷¹. Un hombre para quien Fidel Castro y Allende eran los villanos, el socialismo un desastre, Haya de la Torre un pensador muy agudo y los Estados Unidos un modelo a seguir, no podía sino convertirse en el anatema de la izquierda de los setentas: por algo los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, en un acto lleno de significación simbólica, quemaron su libro públicamente. En 1984 un Carlos Rangel cada vez más respetado participa en la fundación del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE), que desde entonces ha desarrollado una amplia actividad académica y de divulgación a favor de las ideas liberales en Venezuela⁷².

La llegada de Hugo Chávez al poder (1999) con su discurso y políticas anti-neoliberales y después francamente socialistas, ha tenido un efecto paradójico: por un lado, revirtió casi todas las reformas neoliberales, sacando del poder a quienes pensaban como Rangel y el resto de los promotores de CEDICE; pero, por otra parte, los resultados de las políticas de la Revolución Bolivariana ha hecho concluir a muchos de los que antes dudaban o sentían franca antipatía por Rangel (¡que eran una legión!) que las tesis *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario* son correctas. De hecho, la vigencia del liberalismo, identificado como uno de los grandes enemigos a vencer por el régimen chavista⁷³, se propulsó en el debate público. Ade-

más, llegaron nuevas y muy grandes influencias, como la de *François-Xavier Guerra* que, en la línea en la que su maestro *François Furet* había hecho con la *Revolución Francesa*, vio en la independencia esencialmente la irrupción de la modernidad política, dándole una enorme importancia a las cortes y la constitución de Cádiz⁷⁴. Abruptamente, Guerra consiguió centenares de discípulos desde el Río Grande a la Patagonia y el liberalismo comenzó a ser entendido en sentido de todo el proceso, en consonancia con un mundo en el que los países socialistas uno a uno iban pasando, a través de revoluciones generalmente populares, a ser liberales. Para Guerra, la desintegración del Bloque Soviético, en especial de la URSS, era la confirmación de lo que había pasado en América doscientos atrás: no hacen falta burguesías, tan sólo con cambios en las mentalidades puede venir una revolución liberal. Por lo tanto, el interés por el tema no sólo no disminuyó en Venezuela, que en 1999 tomaba un camino al parecer contrario al del resto del mundo, sino que se expandió en la primera y segunda décadas del siglo XXI con una multitud de trabajos, casi todos centrados en la historia intelectual, que ya perfilan un conocimiento amplio sobre el tema. En el ensayo de Carolina Guerrero, Carole Leal y Elena Plaza “Amigos de la Libertad: presencias liberales en Venezuela (1750-1850)”⁷⁵ hacen un balance bastante completo del estado de la cuestión.

Estudios como los de Elías Pino Iturrieta, *País archipiélago. Venezuela, 1830-1858* (2001)⁷⁶; Lucía Raynero, *La noción de libertad en los políticos venezolanos del siglo XIX, 1830-1848* (2001)⁷⁷; José Virtuoso, *La crisis de la catolicidad en los inicios republicanos de Venezuela (1810-1813)* (2001)⁷⁸; Carolina Guerrero, *Republicanism and liberalism in Bolívar, 1819-1830: usos de Constant por el padre fundador* (2005)⁷⁹; Tomás Straka, *Un reino para este mundo. Catolicismo y republicanism en Venezuela* (2006)⁸⁰; Diego Bautista Urbaneja, *El gobierno de Carlos Soublette o la importancia de los normal* (2006)⁸¹; Germán Carrera Damas, *Colombia, 1821-1827: aprender a edificar una república moderna* (2010)⁸²; Guillermo T. Avelledo Coll, *Pro religione et patria: república y religión en la crisis de la sociedad colonial venezolana (1810 – 1834)* (2011)⁸³; y Reuben Zahler, *Ambitious Rebels. Remaking Honor, Law and Liberalism in Venezuela, 1780-1850* (2013)⁸⁴; son, en diversos grados y desde sus distintos enfoques, aportes a la historia de las ideas venezolanas que han revelado una amplitud y profundidad de los problemas que hasta entonces sólo se intuían con base en evidencias muy parciales. Los hay también en temas prácticamente obviados hasta el momento, como el de la influencia del Trienio Liberal español en Venezuela⁸⁵ o sobre la influencia de escuelas antes englobadas bajo las etiquetas de

liberales, pero que merecen un tratamiento específico⁸⁶. Al mismo tiempo, por la vertiente de los estudios más o menos culturales hay monografías con amplias investigaciones documentales y novedosos enfoques que han redondeado lo que se pensaba, decía y en mayor o menor medida se hacía en el siglo XIX, como los de Dunia Galindo *Teatro, cuerpo y nación* (2000)⁸⁷, Mirla Alcibiades, *La heroica aventura de construir una república. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)* (2004)⁸⁸; y Emad Aboassi El Nimer, *Ideas y letras durante la Guerra Federal* (2011)⁸⁹. En este contexto, Carrera Damas en su última producción ha ido aún más allá y llegado a sostener que hubo un liberalismo legítimamente venezolano, al que llama *liberalismo criollo*⁹⁰, aspecto esencial sobre el que ya volveremos, que se desplegó, con sus alcances y falencias, en tres repúblicas que han estructurado nuestra historia desde la independencia: la república liberal autocrática (1830-1945), la primera república liberal democrática (1945-1948) y la segunda república liberal democrática (1958-1998)⁹¹:

El que podría ser denominado *liberalismo criollo* es visto generalmente, pero sobre todo por los latinoamericanistas, como una degradación del auténtico liberalismo –por cierto, sin que haya razonable consenso sobre cuál sería éste–; o como una invitación servil y malograda del supuestamente genuino liberalismo europeo, –tampoco bien identificado, y no necesariamente incluido en éste el gaditano–. Cierta historiografía, influida por un materialismo histórico elemental, estableció en esta materia una relación que no puede ser más simplista. Consiste en sostener que si el liberalismo era entonces la ideología de la burguesía ascendente, y en las colonias hispanoamericanas no había ni asomos de tal clase social, no podía, por consiguiente, haber liberalismo.⁹²

Esto, según Carrera Damas, es “prueba de pobre sentido histórico el que lleva a no comprender que la realidad, históricamente válida, de una ideología, es su realización práctica.” Nada, pues, de un “espejismo liberal”: “el liberalismo criollo debe ser entendido como el ensamblaje de algunos postulados liberales, metropolitanos y europeos, con porciones y aspectos del legado del ordenamiento sociopolítico colonial.”⁹³ Ensamblaje del cual muchas piezas siguen siendo más o menos desconocidas, o siéndolas ya, no se les ha ubicado su lugar o sus lugares –porque se trata de un rompecabezas muy dúctil– exactos.

6. PALABRAS DE CIERRE

Tal vez la última historiografía ha ido de un extremo a otro, y en el empeño de ver liberalismo en todas partes ha descuidado variables socioeconómicas indispensables para entender el sentido y alcance del ensamblaje (de nuevo, Vallenilla-Lanz nos pudiera halar las orejas con esto). Que se hayan asumido unos lenguajes, promulgado unas leyes e incluso tratado de ponerlas en práctica, no significa que quienes lo hicieran hayan tenido una idea real de aquello a que se enfrentaban, o incluso que fueran completamente sinceros en sus argumentos, lo que es un aspecto básico de la crítica histórica. Que “todos fueran liberales”, del mismo modo, tampoco significa que no hubiera contradicciones importantes enraizadas en conflictos de clase y hasta socio-raciales. Por eso es un tema en el que hay mucha tela que cortar, que puede revisitarse desde muchos sitios y replantearse, aun usando los estudios y las fuentes ya trajinadas, de manera novedosa. Ello nos puede ofrecer muchas claves para entendernos a nosotros como pueblo, con nuestros valores y falencias.

NOTAS

- 2 Doctor en Historia. Profesor Titular e Investigador adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas “Hermann González Oropeza, sj” de la Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Venezuela. Autor de, entre otros libros, *Las alas del Ícaro*, *La voz de los vencidos*, *Contra Bolívar*, *La épica del desencanto* y *La República fragmentada*.
- 3 Iván Jaksić y Eduardo Posada Carbó. “Introducción. Naufragios y sobrevivencias del liberalismo latinoamericano”, en Iván Jaksić y Eduardo Posada Carbó (Edt.). *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 22.
- 4 *Ibidem*, pp. 22 y 23.
- 5 Diego Bautista Urbaneja. *La idea política de Venezuela: 1830-1870*. Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988, pp. 61-64.
- 6 *Ídem*.
- 7 Véase: Arturo Ardao. “El supuesto positivismo de Bolívar”, *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1978, pp. 41-69.
- 8 Guillermo T. Aveledo Coll. “Ustedes, liberales de principios... La lucha por la existencia del liberalismo histórico venezolano a partir de 1936”, *Politeia*, No. 34-35, Instituto de Estudios Políticos UCV, 2005, pp. 95-136.
- 9 Iván Jaksić y Eduardo Posada Carbó lo consideran una figura clave para

“articular, de manera sistemática, las interpretaciones más tarde generalizadas en el mundo académico sobre las incompatibilidades del liberalismo con las sociedades latinoamericanas.” *Op. Cit.*, p. 22.

- 10 Salvo en el paréntesis del Gobierno Azul (1868-70). Después de 1899 el Partido Liberal, o al menos algunas de sus principales figuras, siguieron en el poder hasta la década de 1910, cuando Juan Vicente Gómez se deshizo de los últimos ellos.
- 11 Manuel Díaz Rodríguez. *Ídolos rotos*, [1901]. Caracas/Barcelona, Ediciones Nueva Segovia, s/f, p. 319.
- 12 “.. existe una *ciencia* de la organización política de la época, que en realidad es un conjunto de opiniones a las cuales se les confiere un *status* cognitivo científico, que prácticamente no admiten discusión y que limita la posibilidad de discusión en la materia”, Rogelio Pérez Perdomo. “La organización del estado en Venezuela en el siglo XIX (1830-1899)”, *Politeia*, No. 14. Caracas, Instituto de Estudios Políticos UCV, 1990, pp. 354-355
- 13 J.M. Briceño Guerrero. *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1997, pp. 13-88.
- 14 En su alocución al Congreso de Plenipotenciarios de 1870, Antonio Guzmán Blanco sentó una doctrina que se mantendría y se repetiría una y otra vez por medio siglo: “Dividida Venezuela desde 1840 en dos partidos, el uno pugnado por la libertad, el otro armado con la autoridad; éste, heredero de la colonia, aquél hijo de la república; el primero, que marcha al porvenir, el segundo, que se aferra a lo pasado; entre el oligarca i el liberal ha existido siempre una distancia que no han podido acercar ni el tiempo, ni sus lecciones, ni el prestigio de la mayoría popular, ni sus triunfos materiales, ni sus conquistas morales, ni su magnanimidad, en fin.” Exposición que dirige el Jeneral Guzmán Blanco, al Congreso de Plenipotenciarios de los Estados, *Glorias del Ilustre Americano Regenerador y Pacificador de Venezuela, General Guzmán Blanco*. Caracas, Imprenta de “El Demócrata”, 1875, p. 265.
- 15 De hecho, la tesis del liberalismo de los conservadores que fue esgrimida por Domingo Antonio Olavarría es en sí misma un ejemplo de esto: el interés en demostrar el liberalismo de los conservadores no se debió sólo a lo que las evidencias señalaban, sino también en el hecho de que en Venezuela no ser liberal generaba descrédito por lo extendida y valorada de la doctrina. Si los gobiernos de 1830 a 1848 eran dignos de elogio es porque aquella fue la época “Cuando hasta se protegían los derechos de la oposición que combatía a la autoridad: la época de la majestad en los Congresos; de la amplitud en la discusión; de la prensa, completamente libre aun cuando se discute la personalidad del Jefe del Gobierno; de las elecciones libres contra el poder existente; de la verdadera República, del modelo de República perfecta”, Luis Ruíz (seud. de Domingo A. Olavarría). *Historia Patria. X estudio histórico-político. En refutación de “El Manifiesto Liberal de 1893”*. Valencia (Venezuela), Imprenta de “El Diario”, 1893, p. 49.

- 16 Jesús Muñoz Tébar. *El personalismo y el legalismo*. Nueva York, A.E. Hernández Editor, 1890.
- 17 Antonio Ignacio Picón. *El gran pecado de Venezuela. Disertación histórica, política y religiosa*, 2da. Edición. Maracaibo. Imprenta Católica Briceño Méndez, 1898.
- 18 José Gil Fortoul. *El hombre y la historia*, [1890] en *Obras completas*, Vol. IV. Caracas, Ministerio de Educación, 1954, p. 332.
- 19 *Ibidem*, pp. 393-394.
- 20 “Oligarquía, porque la clase menos numerosa se arroga la gobernación del Estado (...) Oligarquía Conservadora hasta el 24 de enero de 1848, porque si bien respeta habitualmente las libertades que acuerda la Constitución política, y acata el principio de separación de poderes, conserva la distinción entre hombres y esclavos y no transforma sino lentamente las bases del régimen social y económico que venía de la Independencia y la Gran Colombia (...) Oligarquía Liberal desde el 24 de enero, porque si bien empieza con un atentado contra la libertad parlamentaria y aunque atiende todavía menos que su antecesora al fomento de la riqueza nacional, va modificando la legislación en el sentido de acercarse a la igualdad de derechos para todos los ciudadanos...”, José Gil Fortoul. “Prefacio de los tomos II y III”, *Historia constitucional de Venezuela* [1909]. *Obras completas*, Volumen II. Caracas, Ministerio de Educación, 1954, p. 8.
- 21 Recordemos que Diego Bautista Urbaneja habla de un “proyecto positivista”, que sustituye al liberal, y que se prolonga hasta 1945, *Op. Cit.*
- 22 Ángel J. Cappelletti. *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.
- 23 Véase nota 10.
- 24 Manuel Caballero. *Gómez, el tirano liberal*. Caracas, Monte Ávila Editores, 3era edición, 1995.
- 25 La codificación del gomecismo, que sienta las bases de la legislación venezolana contemporánea, así lo comprueba. Véase: Rogelio Pérez Perdomo. “Estado y justicia en tiempos de Gómez (Venezuela, 1909-1935)”, *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos UCV, No. 39, 2007, pp. 121-150.
- 26 Elías Pino Iturrieta. “Ideas sobre un pueblo inepto: la justificación del gomecismo”, en Elías Pino Iturrieta (Comp.), *Juan Vicente Gómez y su época*. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2da. edición, 1993, pp. 187-201.
- 27 Cfr.: Arturo Sosa, sj. *La filosofía política del gomecismo*. Barquisimeto, Centro Gumilla, 1974; Elías Pino Iturrieta. *Positivismo y gomecismo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1978 y *Venezuela metida en cintura, 1900-1945*, 3era. Edición. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006; Diego Bautista Urbaneja. *La idea política de Venezuela: 1830-1870*. Caracas, Cuadernos Lagoven, 1988 y *Pueblo y petróleo en la política venezolana del siglo XX*, 2da. Edición. Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1995.

- 28 G. Carrera Damas. *Una nación llamada Venezuela*, 4ta. Edición. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 175.
- 29 Uno especialmente completo: Elena Plaza. *La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1996.
- 30 Laureano Vallenilla-Lanz. “La Insurrección popular”, *Cesarismo democrático* [1919]. Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, p. 117.
- 31 *Ídem*.
- 32 Vallenilla-Lanz. “Los principios constitucionales del Libertador. La ley boliviana”, en *Ibidem*, p. 198.
- 33 *Ibidem*, p. 199.
- 34 “Modificando el medio social por el desarrollo económico, por la multiplicación de las carreteras y de las vías férreas, por el sanamiento, por la inmigración de gente europea, es decir, haciendo lo que se está haciendo en Venezuela desde hace doce años al amparo de un gobierno fuerte, dirigido por un hombre de estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien como otros grandes caudillos de América, representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior, estamos preparando al país para llegar a la situación en que se hallan hoy otros pueblos de nuestra misma estructura geográfica (...) Sí, señor. Yo creo, como Renan y como el Libertador, en el ‘buen tirano’...”, Vallenilla-Lanz. “Cesarismo democrático y Cesarismo teocrático” [1920], *Ibidem*, p. 273.
- 35 Vallenilla-Lanz. “Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas” [1925], *Ibidem*, p. 288.
- 36 “La explicación más racional de nuestra rápida evolución igualitaria, no debemos buscarla de ninguna manera en la influencia exclusiva de las teorías democráticas importadas de Europa y profesadas por todos los partidos, sino en la coincidencia necesaria y fatal de estas teorías con los instintos políticos de nuestro pueblo heterogéneo y conformado en su gran mayoría por la vida pastoral”, Vallenilla-Lanz, “Los partidos históricos”, *Ibidem*, p. 250.
- 37 *Ibidem*, p. 235.
- 38 Manuel Caballero. *Ni Dios, ni Federación. Crítica de la historia política*. Caracas, Editorial Planeta, 1995, p. 146.
- 39 Rómulo Betancourt [1936]. “Vallenilla Lanz, máximo exponente de la prostitución intelectual, ha muerto”, *Selección de escritos políticos 1929-1981*. Caracas, Fundación Betancourt, 2006, pp. 87-88.
- 40 “El haz teórico liberal que fuera dinamo de la emancipación devino para los sectores gobernantes manojos de sofismas impíos a cuya influencia se atribuía en gran parte, el malestar, el desorden y la anarquía de aquellos años”. Así la oligarquía reaccionó en contra de un muy revolucionario Simón Bolívar (acá se trata de una de las tesis típicas del Liberalismo Amarillo). El problema para aplicar el liberalismo fue que: “la independencia no destruyó el inveterado modo

- de producción feudal, no creó una economía que era indispensable al arraigo y funcionamiento de la nueva forma política instaurada después que se sacudió la tutela española”. Es decir, “estaba ausente esa clase que por necesidades económicas propias hubiera podido realizar la transformación económica indispensable a la existencia real de la libertad y la igualdad capitalista”, *Hacia la democracia*. Caracas, Pensamiento Vivo Editores, s/f, pp. 110, 111 y 115.
- 41 José Díaz Nieva. “Apuntes para un estudio de la influencia de Maurras en Hispanoamérica”, *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, No. 16, 2010, p. 97.
- 42 Alberto Adriani. “Las limitaciones del nacionalismo económico” [1935], *Labor venezolanista* [1937], 6ta. Edición. Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas, 1989 p. 267.
- 43 *Ibidem*, p. 257.
- 44 “El siglo XIX se inicia con las más halagadora esperanzas económicas. La escuela clásica inglesa, afirmaba, cada día con más énfasis y con más genial razonamiento, que el interés del individuo coincidía siempre con el interés general, que la vida económica estaba presidida por leyes inmutables que no podrían ser alteradas, y que bastaba dejar actuar libremente esas leyes para que automáticamente se estableciera la armonía y el progreso. El Estado quedaba reducido al honorífico y simple papel de un ‘productor de seguridad’. No todo resultó tan risueño. Ya desde los comienzos surgieron, entre los propios fundadores, Ricardo y Malthus con su profunda investigación que Carlyle había de llamar lúgubre. Después vinieron las grandes crisis periódicas, el pauperismo y la agitación de las masas trabajadoras, y la reacción ideológica desde diferentes posiciones. Aquel siglo concluye en la desconfianza de la libertad económica y en una multiforme exaltación de la función del Estado, que ha continuado acentuándose en nuestros días.”, Arturo Uslar Pietri. “Palabras pronunciadas en la instalación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales” [1938], *Sumario de economía venezolana, para alivio de los estudiantes*, 3era. Edición. Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1960, p. 263.
- 45 Véase: Catalina Banko. *Régimen medinista e intervencionismo económico*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2001.
- 46 Hablamos de sus muy renombrados trabajos: Ramón Díaz Sánchez. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder* (1950); Augusto Mijares en *Interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana* (1938) y *Evolución política de Venezuela* (apareció inicialmente en la compilación de varios autores *Venezuela independiente*, de 1962); y J.L. Salcedo Bastardo, *Historia fundamental de Venezuela* (1970). El libro de Díaz Sánchez es una de las mejores biografías de la literatura venezolana, cuyas 500 páginas documentadísimas se leen de un tirón; pero es también una gran invectiva en contra de Antonio Leocadio Guzmán y del Partido Liberal. En buena medida se trata de una condena moral al personaje que lleva embozada otra a quienes ponderó como sus

seguidores contemporáneos, es decir, los líderes democráticos de mediados de siglo. Mijares, aunque introduce dos nociones importantes: la idea de sociedad civil como una tradición en nuestra historia que pugna con la caudillista; y la idea de deliberación, que asocia al régimen conservador, sostiene que los partidos históricos fueron sólo camarillas personalistas. Salcedo Bastardo hace la condena más encendida de la que tengamos noticias sobre el siglo XIX. “Contrarrevolución” llama al período, en oposición a la esplendente “revolución” de independencia. Nada fue honesto o decoroso en la etapa. Todo se resume en el “caudillismo negador”, la “decadencia ética” y la “dispersión intelectual”.

- 47 Para una visión global, véase: María Elena González Deluca. *Historia e historiadores de Venezuela en la segunda mitad del siglo XX*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2007.
- 48 Apareció en el No. 2, Vol. II, de la revista *Paideia*; y después lo recogió en *Crítica histórica. Artículos y ensayos*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1960, pp. 1-19.
- 49 G. Carrera Damas. “Consideraciones sobre los límites históricos del liberalismo en Venezuela”. *Crítica histórica. Artículos y ensayos*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1960, p. 3.
- 50 Germán Carrera Damas. *Crítica histórica. Artículos y ensayos...* p. 3.
- 51 *Ídem*.
- 52 “Se constituyó de esta manera el ‘espejismo liberal’, y la historia de Venezuela en los siglos XIX y XX puede ser vista como un constante forcejeo entre una formulación doctrinaria, nunca desmentida, y la práctica política y social, siempre degradada.” G. Carrera Damas. *Una nación llamada Venezuela*, 4ta. Edición. Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 175.
- 53 Desde su llegada a Venezuela en la década de 1960, García Pelayo se había dedicado a cultivar la historia de las ideas, aunque no las venezolanas. El impacto de su magisterio, no obstante, fue enorme. Véase: Elena Plaza y Juan Garrido Rivora. *Sobre García Pelayo y la historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Manuel García Pelayo, 2010.
- 54 Diego Bautista Urbaneja. “Consideraciones sobre metodología en la historia de las ideas políticas”, *Politeia*, No. 5, Instituto de Estudios Políticos UCV, 1976, pp. 185-122.
- 55 Diego Bautista Urbaneja. “Introducción histórica al sistema político venezolano”, *Politeia*, No. 7, Instituto de Estudios Políticos UCV, 1978, pp. 11-60.
- 56 Fueron publicados en Caracas, por la Presidencia de la República.
- 57 Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1989.
- 58 En 1993 publicó un famoso estudio medievalista de tres tomos *Viajeros y maravillas* (Caracas, Monte Ávila Editores).
- 59 Luis Castro Leiva. *La Gran Colombia: una ilusión ilustrada* (Caracas, Monte

- Ávila Editores, 1985), en *Obras*, Vol. I. Caracas. Universidad Católica Andrés Bello/Fundación Empresas Polar, 2005, pp. 46-172.
- 60 *Ibidem*, p. 72.
- 61 Luis Castro Leiva. “Ética y nación”, en *Sed buenos ciudadanos*. Caracas, Alfadil Editores/IUSI Santa Rosa de Lima, 1999, p. 11.
- 62 *Ibidem*, p. 19.
- 63 Espeta desde el principio el “agotamiento de los axiomas del sistema ideológico liberal resultan (sic) estrechos e inadecuados para explicar nuestras realidades culturales”; esto, claro está, como parte de “la crisis histórica de la concepción del mundo de los sectores política y socialmente dominantes desde la década de 1960”, Beatriz González Stephan, *La historiografía del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1987, p. 19.
- 64 En 1994 edita junto a Javier Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui la muy influyente compilación titulada *Esplendores y miserias del siglo XIX*. Caracas. Monte Ávila Editores Latinoamericana/Universidad Simón Bolívar.
- 65 Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1987.
- 66 En 2001 publicó un análisis del republicanismo venezolano del siglo XIX: *País archipiélago. Venezuela, 1830-1858*. Caracas, Fundación Bigott, 2001.
- 67 Entre 1994 y 1999.
- 68 Cfr. Mirla Alcibíades. *Publicidad, comercialización y proyecto editorial de la empresa de cigarrillos "El Cojo" (1873-1892)*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Jorge Bracho. *El discurso de la inconformidad, expectativas y experiencias en la modernidad hispanoamericana*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Rafael Castillo Zapata. *Un viaje ilustrado, el ascenso de Juan Manuel Cajigal al Ávila y la representación del espacio nacional venezolano en 1833*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Eleonora Gabaldón. *El discurso de la unidad (1900-1930). Reconciliación y cambio, la paradoja en búsqueda de la síntesis*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Enrique Nóbrega. *La mujer y los cercos de la modernización: los discursos de la medicina y el aparato jurídico (Esbozos de un estudio comparativo: Venezuela y Colombia, 1870-1930)*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Raquel Rivas Rojas. *Sujetos, actos y textos de una identidad: de Palmarote al Sacalapatalajá*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997; Gina Saraceni. *La llegada inconclusa. Tránsito y llegada de tres viajeros británicos en el Caribe y en la Guaira (1830-1870)*, Colección Cuadernos. Caracas, CELARG, 1997.
- 69 En 1992 compiló *El liberalismo como problema* (Caracas, Monte Ávila Editores) alarmado por un liberalismo básicamente centrado en lo económico, con poca sensibilidad social y con “ausencia de una moral sustentada” (p. 10), es decir por un “mercado sin politeía” (p. 85). Más o menos del modo en que Pocock ya había señalado al principio de la era neoliberal en el mundo anglosajón que se trataba de una tradición con raíces republicanas y humanísticas importantes, Castro Leiva hizo lo mismo en Latinoamérica: resaltar el aspecto ético sin el

cual la corriente liberal, a su juicio, se desnaturaliza.

- 70 Véase: Daniel Lahoud. *Henrique Pérez Dupuy. Personaje, pensamiento y obra*. Caracas, Banco Venezolano de Crédito, 2015.
- 71 Carlos Rangel. *Del Buen salvaje al buen revolucionario*. Caracas, Monte Ávila Editores, 11° edición, 1992, pp. 349 y 343.
- 72 Véase: Lionel Muñoz. *Lo grande es la idea. 15 años Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, 1984-1999*. Caracas, CEDICE, 1999.
- 73 Leemos en las *Bases programáticas del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en Libro Rojo, documentos fundamentales del PSUV (s/c, 2010, p. 22)*: “Las formas de lucha y organización no son fines en sí mismas, sino maneras de avanzar en la acumulación de fuerzas, que tiene su expresión principal en la consolidación del poder popular, la destrucción del estado burgués, la lucha antiimperialista y la construcción del socialismo, asumiendo que el epicentro es la lucha contra la cultura política liberal burguesa heredada y la consolidación de la democracia participativa y protagónica. Muchas de estas formas de lucha democráticas tienen un carácter liberal burgués, por cuanto siempre fueron manipuladas por la burguesía y tan sólo su ejercicio, acompañado de la elevación de la conciencia política del pueblo, pondrá en evidencia sus limitaciones y la necesidad de trascenderlas mediante la democracia genuina, es decir, la democracia socialista.”
- 74 *François-Xavier Guerra, Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid, MAPFRE, 1992.
- 75 Carolina Guerrero, Carole Leal y Elena Plaza. “Amigos de la Libertad: presencias liberales en Venezuela (1750-1850)”, en Javier Fernández Sebastián (Coord.) *La aurora de la libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*. Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 459-492.
- 76 Caracas, Fundación Bigott, 2001.
- 77 Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2001.
- 78 Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2001.
- 79 Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2005.
- 80 Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006.
- 81 Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006.
- 82 Caracas, Universidad Central de Venezuela/Academia Nacional de la Historia, 2010.
- 83 Caracas, Academia Nacional de la Historia/Universidad Metropolitana, 2011.
- 84 Tucson, The University of Arizona Press, 2013.
- 85 Tomás Straka. *La voz de los vencidos. Ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2000; y “Los primeros liberales: el nacimiento de un proyecto nacional (Venezuela, 1810-1840)”, en Iván Jaksic y Eduardo Posada Carbó (Edt.). *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 89-118; y Robinzon Meza. *Las políticas del trienio liberal español y la independencia*

- de Venezuela (1820-1823)*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2010.
- 86 Fernando Falcón. “Sentimos, luego existimos: el pensamiento de los ideólogos en Venezuela (1811-1840)”, en *1810: Dios, Patria y Libertad. Memoria de las X Jornadas de Historia y Religión*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/ Konrad Adenauer Stiftung, 2012, pp. 205-219.
- 87 Caracas, Monte Ávila Editores/Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela, 2000.
- 88 Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana/CELARG, 2004.
- 89 Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes, 2011.
- 90 Germán Carrera Damas. *Colombia, 1821-1827: aprender a edificar una república moderna*. Caracas, Universidad Central de Venezuela/Academia Nacional de la Historia, 2010, pp. 114-116.
- 91 Germán Carrera Damas. *La primera república liberal democrática, 1945-1948*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2008; y Guillermo T. Aveledo Coll. *La segunda república liberal democrática, 1959-1998*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2014.
- 92 Germán Carrera Damas. *Colombia, 1821-1827...*, p. 114.
- 93 *Ibidem*, p. 115.